

y suavidad, haciendo seña al mismo tiempo á sir Tomas de Vaux que no se detuviese en la ejecucion de su encargo.

Pero el ermitaño le prohibió con gesto, miradas y palabra que diese un paso adelante, y volviéndose al rey, y sacando de su grosero manto un brazo en que se veian señales evidentes de los estragos del ayuno, y de las maceraciones del azote, alzó la voz, y en tono que expresaba el sentimiento profundo de que estaba animado, y el alto carácter de que se creia revestido, habló al rey de esta manera:

— En el nombre de Dios, y en el del vicergerente de la Iglesia cristiana en la tierra, prohibo este profano, sangriento y brutal duelo, entre dos príncipes cristianos, cuyos pechos estan santificados con la señal de la cruz, y cuyos labios han jurado fraternidad y union, por esta señal de nuestra salud. ¡Ay de aquel que ose infringir mi mandato! Ricardo de Inglaterra, retracta inmediatamente las palabras de que quieres que sea portador ese caballero. El peligro y la

muerte estan cerca de tí. La daga está ya amenazando tu garganta.

— El peligro y la muerte, dijo el rey, con orgullo, son juguetes para Ricardo, y el que ha arrostrado el furor de tantos aceros, no se estremecerá al ver junto á su cuello una daga.

— El peligro y la muerte estan cerca, repitió el ermitaño, añadiendo en voz terrificada y sepulcral, y despues de la muerte, el juicio.

— Buen padre, respondió Ricardo, yo reverencio tu persona y tu santidad...

— No me reverencias, dijo el anacoreta, puesto que mas reverencia merece el vil insecto que se arrastra en las playas del mar Muerto, y se alimenta de su fango maldito. Reverencia, y acata, y humíllate ante aquel en cuyo nombre estoy hablando; ante aquel cuyo sepulcro has jurado rescatar. Respeta el juramento de concordia que has pronunciado, y no rompas el vínculo de union y de fidelidad por cuyo medio te has ligado á los otros príncipes de esta confederacion.

— Buen padre, dijo el rey, paréceme, aunque lego é ignorante, que los ministros del altar no deben poner el pie fuera del círculo de sus atribuciones. A ellos atañe sin duda dirigir nuestras conciencias, y Dios me libre de estorbárselo; mas la custodia de nuestro honor es cosa muy diferente.

— ¡ Y qué son los ministros del altar, dijo el ermitaño, sino la campana que obedece á la cuerda, y la trompeta que comunica el sonido de quien la alienta! Mírame á tus pies: aquí imploro tu misericordia. Ten piedad de la cristiandad, de Inglaterra y de tí mismo.

— Alza, alza, dijo Ricardo, obligándole á ponerse en pie. Rodillas que tan frecuentemente se doblan ante la divinidad, no deben clavarse en tierra en honor de un hombre. ¿Cuál es ese peligro que me amenaza, reverendo padre? ¿Cuándo estuvo tan humillado el poder de la Inglaterra, que fuese parte á poner miedo á su monarca el destempe y el vano ruido de ese recién hecho duque?

— Yo he mirado, respondió el anacoreta, desde las cúspides empinadas de las montañas, la hueste estrellada del firmamento, y he oído la armónica sabiduría de su inefable circuito, que á pocos es dado entender. Yo he visto escrito en caracteres de oro el adorable decreto del que dispuso los giros de los astros, y esparció luz en sus globos cristalinos. Hay un enemigo en la casa de la vida... enemigo de tu fama y de tu bienestar; emanacion de Saturno, que te amenaza con pronto y sangriento peligro, y que te confundirá, como la piedra en el Océano, si pones el pie fuera de la senda de tu obligacion.

— Basta, dijo el rey: esa es ciencia de paganos, que los cristianos no practican, y á que no dan crédito los cuerdos. Anciano... tú deliras.

— No deliro Ricardo, contestó Engaddi, no me es dada esa ventura. Aun me han quedado algunas centellas de la antorcha de la razón, sino para guiarme á mí, para guiar á los otros en el camino de la cruz.

Yo soy el ciego que lleva la linterna, para que otros se aprovechen de la luz de que él puede gozar. Háblame de cuanto concierne al bien de la religion, y de esta santa cruzada, y mis palabras serán vida y sabiduría. Háblame de mi flaco y deleznable ser, y no oirás de mis labios sino el desacuerdo de un insensato.

— No quiera Dios, dijo Ricardo, que yo rompa la cadena de paz que debe unir á los príncipes de la cruzada : pero decidme, buen padre, añadió mitigando la voz : ¿ qué satisfaccion pueden darme por la ofensa é insulto que he recibido ?

— Poderes tengo, dijo Engaddi, y preparado estoy á hablarte de ese punto en nombre del consejo, que, reunido apresuradamente por orden de Felipe de Francia, lo ha tomado ya en consideracion, y se dispone dejar tu honor ileso.

— Extraña cosa es por cierto, exclamó Ricardo, que otros tomen á su cargo reparar las injurias hechas al honor del rey de Inglaterra.

— Lo que desean los monarcas del ejército de la cruz, dijo el ermitaño, es prevenir tu demanda. Estan unánimemente de acuerdo en que se vuelva á colocar la bandera de Inglaterra en el monte de San Jorge; en que se pregone por bando al malhechor ó malhechores que cometieron el delito, y en ofrecer una cuantiosa recompensa al que los entregue vivos ó muertos, á fin de librar sus cuerpos á los lobos y á los cuervos.

— ¡ Y Austria ! preguntó el rey. ¡ Austria, sobre quien recaen tantas fuertes sospechas y que todos acusan del atentado !

— Para evitar discordia entre las huestes de Cristo, continuó Engaddi, el archiduque de Austria se someterá á la prueba que el patriarca de Jerusalem le imponga.

— ¿ No seria mejor la prueba del combate ? preguntó el rey.

— Su juramento se lo prohíbe, respondió el ermitaño, y ademas el consejo de los príncipes...

— No quiere ni querrá nunca, dijo Ricardo, que haya combates ni contra Moros,

ni contra cristianos. No se hable mas en el negocio, buen padre; tú me has hecho ver cuan desatinado era el partido que habia abrazado. Mas fácil es encender una antorcha cuando la lluvia cae á raudales, que sacar una centella de valor de un frio y mísero cobarde. No se puede adquirir honor con quien no le tiene. Consiento en lo que el consejo propone, y no cesaré de insistir en que se verifique el juicio de Dios \*. ¡Cómo he de reirme á carcajadas cuando oiga chirriar sus dedos al agarrar la bola de hierro hecha ascua! ¡Cómo he de burlarme de sus contorsiones cuando le vea atragantarse al querer comulgar la santa hostia!

— Ricardo, dijo el ermitaño, por caridad,

\* Llamábanse juicios de Dios las pruebas que se hacían con un reo, para averiguar si era ó no culpable. Las habia de muchas clases. Unas veces el reo se obligaba á tomar en la mano un hierro hecho ascua, y si se quemaba, era condenado como delincuente; otras comulgaba en presencia de los jueces y del acusador, pues se creía que en caso de haber cometido la culpa de que se le acusaba, se le anudaria la garganta y moriría al tragar la forma.

si ya no por vergüenza, cesa tan abominables jocosidades. ¿Quién honrará y obedecerá á los príncipes que se insultan y calumnian entre sí con tanto encarnizamiento?

¡Ah rey de Inglaterra! ¡Qué lástima que una criatura tan noble como tú; tan exaltada y generosa en obras y palabras; tan capaz de honrar con sus hechos á la cristiandad, cuando la sabiduría modera sus ímpetus; tenga la furia brutal y sangrienta del leon, unida á la dignidad y al brio del rey de la soledad!

Al terminar estas palabras se detuvo absorto en sus meditaciones, y fijos sus ojos en la tierra: despues prosiguió: — Los cielos que conocen nuestra naturaleza frágil y quebradiza, aceptan la obediencia imperfecta, y han suspendido el golpe sangriento contra tu agitada vida. El ángel destructor se ha detenido, como lo hizo en los tiempos antiguos á la puerta de Aracina, el Jebusita; mas la espada brilla en su mano... la espada que ha de humillar el orgullo de Ricardo Corazon de Leon al nivel del mas desamparado de los mendigos!

— Si la espada está desnuda, dijo Ricardo, no está lejos el golpe. Mas poco importa: sea breve mi vida, con tal que sea gloriosa.

— ¡Ay de mí! exclamó el solitario, y sus secos y enturbiados ojos se humedecieron con desusadas lágrimas; breve, y desventurada; en el camino que te conduce al sepulcro, que ha abierto ya su lóbrego seno para recibirte, no crecen mas que calamidades y humillaciones y cautiverio. Llegarás al término espantoso, sin linage que te suceda; sin que rieguen tu losa las lágrimas de un pueblo atormentado por tus guerras; sin haber ilustrado la mente de tus súbditos, ni aumentado su bienestar.

— Pero no sin fama ni nombradía, contestó Ricardo; no sin el llanto de la dama de mi amor. Estos consuelos que tú no sabes conocer ni apreciar, acompañarán á Ricardo hasta la huesa.

— ¡No sé yo conocer ni apreciar el amor de una muger, ni los loores de los que profesan la gaya ciencia! exclamó el ermitaño, djeando el tono habitual de tristeza que rei-

naba en su conversacion, y entusiasmándose al par de Ricardo. Rey de Inglaterra, continuó, descubriendo de nuevo el descarnado brazo, la sangre que hierve en tus azuladas venas no es mas noble que la que ya se ha helado en las mias. Pocas y frias son las gotas que de ella quedan; pero es sangre de Lusñan, del santo, heróico y augusto Godofredo. Yo soy... quiero decir: yo era en el mundo, y el mundo me llamaba Alberik Mortemar.

— ¡Tú! ¡Dios mio! prorumpió el rey. ¡Tú, el guerrero cuyo nombre ha propagado por toda la cristiandad el clarín de la fama! ¡Cómo pudo eclipsarse tan brillante astro en el horizonte de la caballería! ¡Cómo han podido ignorar los hombres, durante tanto tiempo, el paradero de quien los asombró con sus hazañas!

— No soy astro eclipsado, dijo el anacoreta; fuí metéoro pasagero, que solo esparció en su breve carrera una luz incierta y nebulosa. Ricardo, si pensara que con alzar el horrible y sangriento velo que cubre el se-

creto de mis infortunios, podria lograr de tí que te detuvieses á la orilla del abismo, y doblases el cuello á la disciplina de la Iglesia, aun tendria vigor mi lengua para referirte lo que hasta ahora he ocultado con escrupuloso esmero, y sepultado en lo hondo de mi corazon. Oye pues, Ricardo, la historia que sale por primera vez de mis labios. ¡Ojalá sirvan de ejemplo á tu elevado y generoso espíritu el dolor y el remordimiento que de nada sirven ya á estos míseros vestigios de lo que antes fué hombre! Voy á renovar las dolorosas heridas de mi crimen y de mi desventrua, aunque me haga perder la vida la sangre que por ellas vierta.

El rey Ricardo, que en sus juveniles años habia oido con el mas vivo interes la historia de Alberik de Mortemar, cuando los trovadores recitaban en los suntuosos convites de su padre las curiosas leyendas de los caballeros de la Tierra Santa, escuchó con respeto la imperfecta, vaga y oscura relacion de unos hechos, que indicaban suficientemente la causa de la insania que aquejaba algunas ve-

ces á aquel singular y desventurado personaje.

— No necesito recordarte, dijo el hombre de la soledad, que fuí noble en nacimiento, próspero en fortuna, sabio en el consejo y fuerte en los combates. Todo esto fuí, y mientras las mas hermosas é ilustres damas de Palestina engalanaban mi yelmo con guirnaldas de flores, y mientras todas se disputaban mi corazon y mis obsequios, obsequios y corazon se fijaron en una doncella de clase muy inferior á la mia. Su padre, que habia servido en otros tiempos bajo las banderas de la cruz, echó de ver la pasion que habia hecho de dos almas una sola; y conociendo cuan grande era la distancia que nos separaba, no encontró mas asilo para el honor de su hija que la reclusion de un monasterio. Volví de una expedicion remota cubierto de gloria, y cargado de ricos despojos, pero hallé frustradas mis esperanzas, perdida mi ventura, y apagada la antorcha que me iluminaba en el sendero de la vida. Tambien me acogí á la sombra del claustro, y Satanás,

que me habia designado para ser víctima de sus asechanzas, sopló en mi débil corazon el hálito pestilente de una soberbia espiritual, que solo pudo tener su origen en las regiones infernales. Subí en los honores de la Iglesia, como antes habia subido en los del estado. Los elogios y la veneracion de la turba me hicieron creer, y lo creí en efecto, que la sabiduría habitaba en mi corazon, y que mi alma, superior á la humanidad, no podia contaminarse jamas con sus miserias y descarríos. Fuí el alma de los concilios; el director de los prelados. ¿Qué obstáculos podia hallaren tan altas y encumbradas regiones? ¿Que tentaciones podian acometerme? ¡Cuitado de mi! En un convento retirado y ejemplar, cuyas religiosas habian puesto sus conciencias bajo mi direccion, hallé á la que tanto habia amado; á la que tantas veces habia llorado como perdida. ¿Cómo podré referirte la catástrofe á que este descubrimiento dió origen? Basta que sepas que la profanada vírgen, que castigó su culpa clavándose un puñal en el seno, yace en las

bóvedas de Engaddi, y que sobre su sepulcro gime, y solloza una criatura, á quien la Providencia no ha dejado mas uso de su razon, que el que ha menester para descubrirle lo negro de su crimen, y lo espantoso de su suerte.

— ¡Hombre sin ventura! exclamó Ricardo, ya no extraño nada de lo que se cuenta sobre tus maceraciones y penitencias. ¿Y cómo has podido evitar el castigo que los cánones fulminan contra tamaño exceso!

— Los que solo conocen los senderos del mundo, respondió el ermitaño, te dirán que los respetos personales, y las consideraciones debidas á la sangre ilustre de Lusiñan han embotado la cuchilla de la ley. Pero yo te diré, Ricardo, que la voluntad divina me ha preservado para iluminar al que se extravia, como el fanal que indica al marinero en las tinieblas de la noche, las rocas que guarnecen la procelosa orilla. Gastados estan mis miembros, y encorvado mi cuerpo bajo el peso del crimen; pero en esta frágil y ca-

duca armazon, moran dos espíritus, tan opuestos entre sí, como el resplandor del día y la niebla de la noche. El uno es activo, emprendedor, incansable en promover la santa causa de la iglesia de Jerusalem: el otro mísero, postrado, mezquino, que solo me dicta anhelo por castigar la carne rebelde, y celo y vigilancia en la custodia de la santa reliquia, en que no debo ni puedo fijar los ojos. No me compadezcas; que sería mengua de tu grandeza extender tu piedad á este vil gusano de la tierra. No te apiades de mí; pero aprovéchate de mi ejemplo. Alta es tu condicion; la mas alta que un príncipe cristiano puede ocupar: mas por esto mismo es mas peligrosa. Tu corazon es soberbio; disoluta tu vida; sanguinaria y exterminadora tu mano. Arroja de tu seno esos tres pecados, que tú miras y acaricias como hijas tiernas. Destierra de tu alma esas tres furias, tu soberbia, tu disolucion y tu sed de sangre.

— Se le ha vuelto el juicio, dijo Ricardo, volviéndose á sir Thomas De Vaux, y mani-

festando que le habia hecho una dolorosa impresion la violenta acusacion que acababa de oír. Despues, dirigiendo la palabra al anacotera, y con una sonrisa amarga entre enojada y burlona, reverendo padre, le dijo, muchas hijas son esas, para quien hace tan poco tiempo que se ha casado. Pero puesto que es preciso separarme de las tres doncellas, justo será, que como buen padre, les busque partidos decentes y ventajosos. Por tanto doy mi soberbia á los nobles canónigos de la cristiandad; mi disolucion á los frailes de tu órden, y mi sed de sangre á los caballeros templarios.

— ¡ O corazon de acero y mano de hierro, dijo el anacoreteta, para quien nada sirven escarmientos, ni ejemplos ni lecciones! Vuélvete á Dios, hazte agradable á sus ojos, y vivirás y serás perdonado. Yo te dejo, y me vuelvo á llorar mis pecados. *Kyrie Eleison*. Yo soy aquel por quien pasan los rayos de la gracia divina, como los del sol por un cristal convexo, cuando se concentran y se dirigen á un objeto, y le quemán y aniqui-



lan, en tanto que el cristal permanece frio y entero. *Kyrie Eleison*. El mendigo debe ser llamado, puesto que el rico desprecia el banquete. *Kyrie Eleison*.

Dicho esto, salió precipitadamente, de la tienda, lanzando gritos agudísimos.

— Ese hombre está loco, dijo Ricardo, de cuyo ánimo habian borrado las fanáticas exclamaciones del ermitaño, la impresion que le habian hecho los varios y lamentables sucesos de su vida. Sigue sus pasos, sir Tomas, y cuida de que no le hagan daño alguno las tropas del campamento, porque á pesar de que seguimos la bandera de la cruz, nuestros soldados miran con mas respeto un yuglar que un sacerdote, y quizas podrán insultarle, ó ponerle alguna señal de escarnio.

El baron salió á obedecer la órden que le habia dado el rey, y este quedó solo, reflexionando en los sucesos de aquella mañana, y especialmente en las profecías ominosas del solitario de Engaddi, cuyas voces resonaban aun en sus oidos, y cuyas miradas penetrantes, y animadas por el fuego de la

inspiracion, no podian borrarse de su fantasía. — ¡ Morir pronto y sin linage! decia á sus solas, ¡ y sin que me lamenten mis vasallos! Dura sentencia, y formidable oráculo, si merecieran fe los labios que le han pronunciado. Pero los Saracenos, que tan versados son en ciencias místicas, dicen que aquel en cuyos ojos la sabiduría del sabio no es mas que locura, inspira saber y espíritu profético en el destemplado cerebro del loco: y ese ermitaño tambien lee y estudia las estrellas, que es arte muy practicado en estas tierras, donde las antorchas del firmamento son objetos de especial idolatría. Quisiera haberle consultado acerca de la pérdida de la bandera, porque ni su santo fundador pudo haber manifestado nunca un fuego mas sobrenatural en sus ojos, ni mayor imperio y soberana uncion en sus palabras... De Vaux ¿ qué noticias me traes del loco?

— ¡ Loco le llama vuestra magestad! respondió el baron. Llamadle mas bien Bautista, que viene del desierto á prepa-

rar los caminos al señor. Hase colocado en una de las máquinas militares del campamento, y desde ella está predicando á los soldados, como nunca se ha oido predicar desde los tiempos de Pedro el Ermitaño. Los tercios, alborotados por sus gritos acuden á él, y ya hay millares de hombres pendientes de sus labios. Él interrumpe de cuando en cuando su discurso, para hablar á los soldados de diferentes naciones en sus lenguas respectivas, usando de los argumentos mas eficaces y persuasivos, para que se mantengan firmes en la empresa de rescatar de los infieles el sepulcro del Redentor.

— Eso sí, voto á san Jorje, dijo el rey, y viva el buen ermitaño : pero ¿ qué otra cosa puede producir la sangre de Godofredo? El infeliz desespera de su salvacion porque tuvo amores con una monja : hubiese sido una rica abadesa, y el papa le hubiera ya enviado una bula de composicion.

Al decir estas palabras, el arzobispo de Tiro pidió audiencia para rogar á Ricardo que asistiese, si su salud se lo permitia, á un

conclave secreto de los príncipes, y caudillos de la cruzada, y para darle cuenta de los incidentes políticos y militares que habian ocurrido durante su enfermedad.